

## (02055)

# El homenaje

### Los antecedentes

Si el Rayo de Mospintoles acaparaba en estos momentos toda la atención deportiva de la pequeña ciudad ubicada en el sur de la capital de España, no se podía dejar de lado el hecho incontrovertible de que existían otros deportistas que seguían cosechando éxitos en sus respectivas parcelas.

Tampoco es que Mospintoles fuera tierra de grandes atletas. Dado el preocupante sedentarismo de que hace gala la población española, hubiera sido anormal una gran concentración de deportistas de elite en el pequeño municipio sureño de la Comunidad de Madrid. Pero algunos había.

Uno de los más queridos era un baloncestista, mospintoleño de pura cepa, que se había abierto paso en los equipos profesionales españoles hasta llegar a la selección de la federación española.

Una vez allí, su buen hacer y su profesionalidad le hicieron ganarse un puesto de titular, viviendo el comienzo de la reciente época laureada de esa selección que culminó con el oro del Mundobasket 2006 y se extendió con el éxito en el Eurobasket 2009 y la plata de Pekín 2008.

(Por respeto y por prudencia me van a permitir que omita el nombre, aunque seguro que todos lo recordarían).

Quiso el destino que la mala fortuna en un lance del juego lo apartara de las canchas de alto nivel justo cuando comenzaba lo que podría ser el ocaso de su carrera deportiva, pero lo que dejó de ganar en dinero lo ganó en cariño de los aficionados, incluso de los pocos detractores que tuvo durante su carrera profesional.

Cuando alguien se crece ante la adversidad y sabe aceptar los reveses de la vida con resignación y elegancia, indefectiblemente sus semejantes se identifican con él. Fue en ese momento cuando nuestro hombre pasó del Olimpo de los campeones al de las leyendas, algo que está al alcance de muy pocas estrellas del deporte.

En Mospintoles, como hubiera pasado en cualquier rincón de nuestra vieja España, las pruebas de afecto se multiplicaron tanto en el mundo del deporte como en la sociedad en general. Se hicieron cenas, galas, homenajes... Durante esos meses este mospintoleño fue invitado a más recepciones de las que había acudido durante su vida deportiva, que no fueron pocas habida cuenta de sus éxitos... se lo rifaban.

Otro tanto ocurrió a nivel nacional: comenzando por la Federación Española de Baloncesto, continuando por el Consejo Superior de Deportes, incluso la Comunidad de Madrid, y acabando por la Casa Real, la imagen de nuestro vecino fue difundida por todas las cadenas y emisoras. Universidades y foros culturales, empresas mediáticas e industrias del deporte, patrocinadores... Una vez que se desencadenó la avalancha mediática nadie quiso perderse el placer de homenajear al baloncestista que se retiraba y de paso agarrar algo del fulgor de una estrella que se apagaba.

El ayuntamiento de Mospintoles no quiso quedarse atrás, y fue el alcalde quien llevó a la sede de su partido la propuesta de homenajear debidamente al héroe local.

La propuesta de Segis, el alcalde, era ambigua, como gustaba de hacer siempre, dejando que fueran los demás quienes se encargaran de los detalles. Si algo no salía como debía allí estaba Segis para recordar al impulsor final de la idea — previamente auspiciada por él— que la cosa se había torcido por su incapacidad. Si el resultado era halagüeño, Segismundo Álvarez Colón no dejaba de recordar a todos que la idea original había sido suya.

### **La puesta en escena**

Había convocado a su partido en Asamblea para tratar un asunto que atañía a los mospintoleños. El orden del día no decía mucho más. Y es que Segis gustaba también de la teatralización. Aunque éstas no fueran formas de convocar una Asamblea, lo cierto es que a Segis se le permitían en aquel entonces algunas veleidades en su partido.

Una vez reunidos en segunda convocatoria los afiliados del partido mayoritario en Mospintoles (no solían llegar los asistentes al 20% de los convocados) Segis había soltado su perla:

—Este ayuntamiento debe homenajear como se merece a uno de los hijos más insignes de Mospintoles —y nombró al campeón del momento no sin antes alargar innecesariamente su discurso y la puesta en escena.

No hubo ni una sola voz discordante. Alguien propuso ofrecer al ya exprofesional las llaves de la ciudad. Pero Segis concluyó burlonamente que no sabían dónde habían quedado las llaves desde la última vez que un acto de esta índole se había llevado a cabo en Mospintoles.

—Además —recordó María Reina—, ese homenaje se dedica a ilustres visitantes, no a los hijos de la ciudad.

Uno de los aplaudidores oficiales del alcalde, rápido como una centella (sin pensar, quiero decir), dijo entonces que había que nombrarle hijo adoptivo de Mospintoles.

La carcajada fue general. Resultaba obvio que ese título quedaba reservado para aquellos vecinos que habiendo hecho algo encomiable por la ciudad, eran venidos de fuera.

—Sin duda nuestro copartidario González ha sido víctima de un lapsus, y quiso decir que se le nombrara hijo predilecto —dijo María salvando el ridículo en que se había puesto quien era de hecho concejal de cultura.

Pero todo el mundo sabía que González había querido decir lo que había dicho. No gozaba de mucha estima el tal González entre sus correligionarios, más que nada por ser el pelota oficial del alcalde. Tan era así, que había sido nombrado concejal de cultura con un Bachillerato apenas acabado, pues no cursó los estudios del antiguo COU y nadie podía asegurar si había superado el BUP.

Dejando aparte estos detalles sin importancia que se dan en todos los municipios españoles, donde en algunas concejalías de poca relevancia y nada problemáticas se coloca al frente a verdaderos incapaces, a la Asamblea, instigada por Segis, le parecía que este título se quedaba pequeño para un campeón de aquella talla.

No bien se hizo el silencio, agotadas todas las vías, cuando alguien dijo que lo suyo era ponerle el nombre del baloncestista a una calle de Mospintoles. A esta feliz idea se sumó a coro la Asamblea. Pero alguien recordó entonces que en realidad el complejo deportivo Mospintoles-2 carecía de nombre oficial, ostentando nada más que un nombre descriptivo.

Me contaron que los asambleístas llegaron a vitorear... Lo que sí es seguro es que hubo aplausos para el dador de la idea final que no era otro que el propio Segis.

Fue don Faustino, silencioso y expectante durante toda la reunión, quien entre la algarabía levantó la mano y aguardó pacientemente a que le otorgaran la palabra.

### **El clarividente**

Finalmente quien presidía la reunión, felicitándose a su vez de la gran idea, se percató de que el profesor llevaba tiempo con la mano en alto. Se pidió silencio e invitaron a hablar a don Faustino, quien con una voz excepcionalmente baja logró que se acallase el eco de murmullo que restaba entre el escaso medio centenar de congregados:

—He escuchado pacientemente el desarrollo de esta reunión y el curso que han tomado los acontecimientos en esta Asamblea, y en tan sólo cuestión de unos poco minutos me he quedado atónito; perplejo más bien.

Don Faustino hizo una pausa, y entonces se levantó mirando en derredor.

—Alguien ha pedido que la ciudad y el municipio de Mospintoles se sumaran a la retahíla de homenajes que nuestro famoso vecino lleva recibidos, quizá hasta merecidamente. Sin duda sería de desear que la patria chica que le vio nacer no quede atrás en esta carrera de celebraciones.

Don Faustino miró ahora hacia los compañeros de partido que ostentaban un cargo público, alguno también en la Comunidad de Madrid, y que se sentaban próximos a la cabecera de la reunión.

—Y hemos acabado saltándonos una de las máximas que deben regir en lo tocante a los actos públicos, que es... —don Faustino eligió este momento para enfatizar su discurso dejando en el aire durante unos segundos la conclusión del mismo—: no meter la pata para tener que retractarse más tarde, avergonzándose por haberse dejado llevar de un momento de euforia.

Don Faustino sabía que los vecinos allí congregados, desde el carnicero hasta la florista, no entendían exactamente lo que estaba diciendo o a donde quería llegar a parar. Quizá por eso ni los miró y centró ahora su mensaje en Segis y María.

—No es dado ponerle el nombre de personas vivas a los lugares públicos: ni calles, ni parques, ni edificios levantados con el Erario.

Don Faustino no estaba enfadado. Simplemente estaba contrariado, insatisfecho, decepcionado.

—Sin embargo no hace tanto, coincidiendo con el ascenso del Rayo de Mospintoles, fallecía don Eugenio Romerales, insigne escritor de esta ciudad, y nadie ha pensado aún en distinguir su memoria siquiera con darle el nombre a una fuente en el pueblo que lo alumbró.

El profesor se sentó ahora. Sabía que había logrado su propósito: acaparar la atención de su auditorio.

—¿Dónde estabais entonces, apócrifos adoradores del falso refulgir de una medalla ganada a base de músculo? Pensad bien qué vais a hacer. A nuestro famoso vecino, a pesar de haber enterrado ya su carrera como deportista, aún le quedan muchos años como para poder emborronar en una mala tarde todo su prestigio.

Guardó silencio durante unos instantes, dejando que la idea empapase la mente de los presentes; no pocos habían sido alumnos suyos en las aulas del IES Fernando Oreja y ello hacía que jugara con cierta ventaja a la hora de disertar.

—Otorgadle otros reconocimientos, no digo que no lo hagáis, pero nunca distinguirlo mientras esté vivo dando a un lugar público su nombre. Estos homenajes sólo caben realizarse a título póstumo. Además, si es sensato, y a fe que parece serlo, renunciará a vuestra propuesta, habida cuenta de los precedentes... Me gustaría entonces ver en qué lugar quedáis y en el que queda el partido.